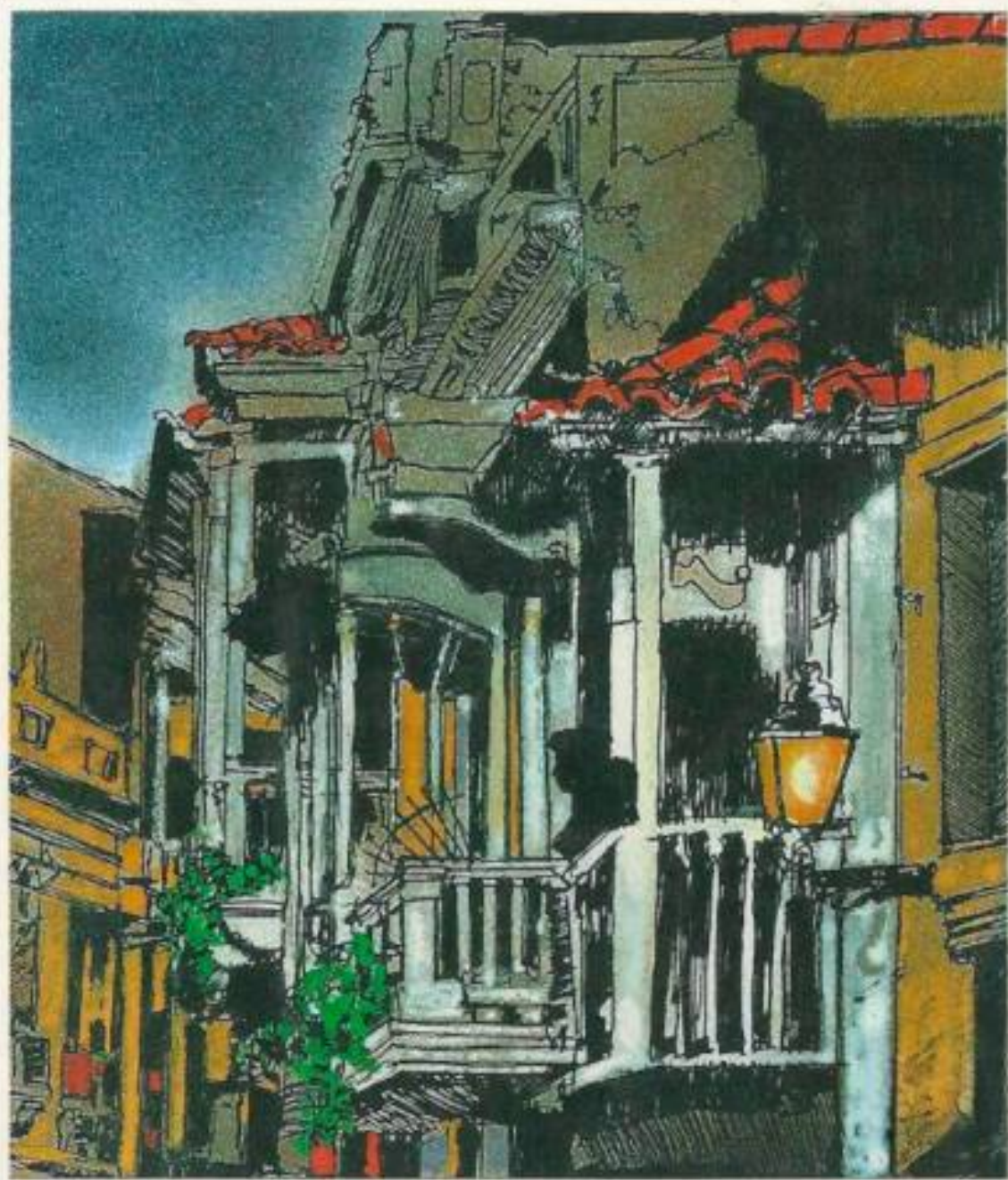


Mario Vargas Llosa

El loco de los balcones

Teatro



La obra de teatro «*El loco de los balcones*», (1993) de Mario Vargas Llosa, es una tragicomedia donde se privilegia el aspecto cómico que es invariablemente irónico; pero donde también se detectan elementos trágicos.

El loco de los balcones es un personaje de la estirpe del licenciado Vidriera, es decir, en último término un personaje de raigambre quijotesca. Fascinado por el paisaje virreinal de Lima, el anciano profesor Aldo Brunelli, en esta pieza inédita de Mario Vargas Llosa, emprende una singular apología y cruzada en favor de los balcones mudéjares o barrocos de madera de la antigua ciudad de los reyes. Entre lo visionario, lo patético y lo grotesco, la singular peripecia terminará momentáneamente en un fuego purificador, mas no por ello la gesta habrá concluido. El loco de los balcones es un apólogo moral y una reflexión sobre la dinámica entre presente y pasado, entre arte y vida: es también, por encima de todo, una muestra singularmente poética de la fecunda imaginación creadora de Mario Vargas Llosa.

A Ricardo Blume^[1]

PERSONAJES

PROFESOR ALDO BRUNELLI, anciano

ILEANA, su hija

INGENIERO CÁNEPA

DIEGO, su hijo

Un BORRACHO

DOCTOR ASDRÚBAL QUIJANO

TEÓFILO HUAMANI

Los cruzados:

D
O
Ñ
A
E
N
R-
I-
Q-
U
E
T
A

D
O
Ñ
A
R
O
S
A
M
A
R
Í
A
R
I-
C-
A
R
D
O
P
A
N
C
H
Í
N

EL VIEJO ESPLENDOR

El Rímac, en la Lima de los años cincuenta.

El barrio, corazón de la vida virreynal en el siglo XVIII, es ahora un distrito popular, de viejas casas convertidas en tugurios y conventillos que parecen hormigueros. Hay cantinas violentas, llenas de borrachos y gentes de mal vivir, y placitas recoletas y desmoronadas donde cuchichean las beatas y dormitan mendigos que huelen a pis. Las esquinas hierven de vagos y los faroles han sido pulverizados por pedradas de palomillas. Entre el presente de muros leprosos y fachadas descoloridas, aceras rotas y techos a medio encofrar, asoman, aquí y allá, huellas del extinto esplendor^[2]: iglesitas cuarteadas por los temblores, de altares churriguerescos; ventanas de hierro forjado; balcones con celosías; torrecillas moriscas; calles de piedras sin desbastar y esqueletos de mansiones convertidas en mercados, pensiones o comisarías cuyos huertos han degenerado en descampado y muladar.

El Rímac es un barrio forajido, ruinoso, mosquiento, promiscuo, muy vital. En sus arrabales se confinaron los esclavos libertos en el siglo XIX y fue, entonces, famoso —como, antes, por sus palacios, carrozas, alamedas y conventos— por sus fiestas de ritmos africanos, sus brujerías y supersticiones, sus hábitos

morados, sus procesiones, sus orgías, sus duelos a cuchillo, sus serenatas y sus lenocinios. Aquí nació el criollismo y la mitología pasadista de Lima. Y, también, el vals criollo de guitarra, palmas y cajón; la *replana*, esotérica jerga local, la variante zamba de la marinera y la lisura, en sus dos acepciones de palabra malsonante y gracia de mujer.

Al Rímac vienen todavía, huyendo de la respetabilidad, los burgueses de la otra orilla del río hablador, a pasarse una noche de rompe y raja con morenos y mulatas. Cantan vales de la guardia vieja, bailan marineras, beben mulitas de pisco, pulsan la guitarra y tocan el cajón. En octubre, durante la feria, los domingos y otros días de corrida, no sólo la plaza de Acho, todo el barrio recobra por unas horas su protagonismo y tradición.

Ahora es el amanecer y el Rímac duerme, en una oscuridad tranquila, interrumpida por maullidos de gatos rijosos. Humedece el aire esa lluviecita invisible de Lima, la garúa.

Mal alumbrado por el farol de la esquina, dando prestancia a un muro encanallado de inscripciones, hay un balcón. En él, entregado a extrañas manipulaciones, se divisa a un viejecillo enteco y ágil, vestido a la manera de otros tiempos.

Al fondo de la calle, andando despacio para no perder el equilibrio, aparece la silueta de un borracho.

Se acerca, canturreando.

I. AL PIE DE UN BALCÓN MUDEJAR

BORRACHO

¡Ayayayay! ¡Caaanta y no lloores! Porque, cantaaando... Jesús, qué es esto. ¡Los diablos azules! Pero si sólo nos tomamos una botellita con mis primos. ¿O serían las mezclas de cerveza y pisco? Me habían dicho que uno ve ratas y cucarachas y esto parece más bien un viejito. Oiga, usted no es una pesadilla sino un cristiano de carne y hueso ¿cierto?

PROFESOR BRUNELLI

Buenas noches, amigo.

BORRACHO

¿Qué busca trepado en ese balcón, se puede saber? Esas travesuras se hacen de muchacho, no a sus años. Usted está subido ahí ¿no? ¿O son los diablos azules?

PROFESOR BRUNELLI

Es una percepción exacta de la realidad. Estoy en la barandilla de este balcón, efectivamente. Trepé aquí sin ayuda de nadie.

BORRACHO

Estará usted más borracho que yo, entonces.

PROFESOR BRUNELLI

El último trago que tomé fue una copita de Chianti Classico, un vinito de mi tierra, hace la friolera de cuarenta años. Desde entonces, sólo agua y jugos de fruta.

BORRACHO

¿Se puede saber qué hace ahí? ¿Para qué amarra esa sogá? No me diga que se va a robar a una muchacha, descolgándose con ella en sus brazos.

PROFESOR BRUNELLI

Ya veo que ha leído *Romeo y Julieta*.

BORRACHO

Leído, no. Vi la película. (*Pausa*). Ese balcón estará comido por las polillas. Ahorita se viene abajo y quedará usted como mazamorra, don.

PROFESOR BRUNELLI

Es fuerte como una roca, a pesar de los doscientos diecisiete años que acaba de cumplir. De madera de cedro, traída a Lima desde Nicaragua. Nos puede resistir a los dos juntos. ¿Quiere hacer la prueba?

BORRACHO

Ni de vainas. Estaré borracho pero de tonto no tengo un pelo. ¿Tiene doscientos diecisiete años ese vejestorio?

PROFESOR BRUNELLI

Y algunos meses, aunque no podría precisar cuántos. El modelo vino de Sevilla. Del taller del maestro Santiago de Olivares y Girondo, cuyos dibujantes diseñaron la mayoría de balcones coloniales de Lima. Y los de Arequipa, Trujillo, Ayacucho, Huancavelica,

Cusco y Cajamarca. Pero, permítame aclararle algo, amigo.

BORRACHO

Diga, nomás.

PROFESOR BRUNELLI

Aunque los planos venían de allá, usted buscaría en vano, en Sevilla o en toda Andalucía, un balcón parecido a éste.

BORRACHO

¿Está burlándose de mí? ¿A qué viene ese discurso?

PROFESOR BRUNELLI

A que este balcón, aunque concebido en España, es más peruano que usted y más limeño que santa Rosa de Lima. ¿Se da cuenta?

BORRACHO

Usted parece más loco de lo que creí. ¿De qué tendría que darme cuenta?

PROFESOR BRUNELLI

De que lo esencial no fueron los planos, ni los arquitectos sevillanos, sino los ejecutantes. Los carpinteros, los ebanistas, los talladores de aquí. Ellos lo crearon, con sus manos, con su espíritu y, sobre todo, con su amor.

BORRACHO

Debo tener diablos azules, sí. Son las cinco de la mañana, hay neblina, no queda un perro suelto en las calles. Y usted, trepado en ese balcón ¡hablando del espíritu de los carpinteros!

PROFESOR BRUNELLI

Los esclavos africanos y los artesanos indios que cortaron, labraron, pulieron y clavaron estas maderas en el XVII, en el XVIII, en el XIX, volcaron en ellas lo mejor que tenían. Y su espíritu quedó impregnado en las tablas.

BORRACHO

(Tratando de hacer un chiste para disimular su confusión).

¿Impregnado como el olor a pipí que me quedó en el cuerpo de esa cantina muerta de hambre a la que me arrastraron mis primos?

PROFESOR BRUNELLI

Probablemente, ni se daban cuenta. No advertían que, al materializar esos dibujos sevillanos, los alteraban. Cambiándoles el semblante y la personalidad.

BORRACHO

¡Jajajá! ¡El semblante y la personalidad de los balcones! Esto se pone chistoso, don.

PROFESOR BRUNELLI

Infundiéndoles una vida propia.

BORRACHO

¿Los balcones, una vida propia?

PROFESOR BRUNELLI

Quien tiene ojos para ver, lo puede ver. Yo lo veo. Cuando descubro los mensajes que los peruanos de entonces nos dejaron en estas tablas, me parece dialogar con ellos. Verlos, estrecharles la mano.

BORRACHO

¡Ya sé! Usted es un rosacruz. Conocí a uno, hace tiempo. Veía mensajes en las nubes, en las piedras. Se las pasaba hablando con las almas. ¿Es usted un rosacruz, don?

PROFESOR BRUNELLI

Soy profesor de historia del arte. Y he dado, también, clases de italiano.

BORRACHO

Bueno, bueno, siga con su cantaleta. ¿Qué mensaje dejaron esos fulanos en los balcones?

PROFESOR BRUNELLI

Su cultura. Lo hicieron con tanta astucia que sus amos no se dieron cuenta. No lo habrían permitido. Y mucho menos los inquisidores, si hubieran adivinado que en estos balcones quedaban huellas de las idolatrías que creían haber extirpado.

BORRACHO

Me está dando usted todo un sermón. ¿Y para qué amarra ahí esa sogá, se puede saber?

PROFESOR BRUNELLI

¿Un sermón? No, una charla. Di decenas, en colegios, iglesias, clubs, casas particulares. Enseñando a la gente que el pasado es tan importante como el futuro, para un país. Decenas de decenas. Mis oyentes solían quedarse como usted. Cierre la boca, amigo, no se vaya a tragar una mosca.

BORRACHO

La verdad es que ando despistado, don. ¿Es usted sabio o le falta un tornillo? Yo sólo veo unas tablas despintadas, llenas de telarañas.

PROFESOR BRUNELLI

Hay que mirar a los balcones con el mismo amor con que fueron fabricados. Entonces, las yemas de los dedos, acariciando su superficie, identifican las creencias de sus constructores. Los peces y las conchas que insinuaron los artesanos del litoral. Las escamas de serpientes, los colmillos de pumas, los espolones y picos de cóndores que incrustaron en sus pilastras y dinteles los ebanistas de la sierra. Los cuernos, medialunas, soles radiantes, estelas, tótems que escondieron en sus molduras los esclavos nostálgicos del África.

BORRACHO

¿Hay todas esas cosas en los balcones cochambrosos de Lima?

PROFESOR BRUNELLI

Sugeridas, aludidas. Basta un poco de sensibilidad para notarlo. ¿No se han ganado por ello el derecho a la existencia?

BORRACHO

Por qué grita, abuelo.

PROFESOR BRUNELLI

¿No tenemos la obligación de defenderlos? ¿De atajar a esos especuladores sin cultura y sin moral que quieren destruirlos?

BORRACHO

Vaya, ahora me riñe. ¿Yo qué le hice, caballero?

PROFESOR BRUNELLI

Me exalté un poco. Le pido disculpas.

BORRACHO

¿Sabe que habla como si los balcones fueran personas?

PROFESOR BRUNELLI

Están vivos. Ni más ni menos que usted y yo.

BORRACHO

¿Me puede decir ahora qué amarra ahí? No estará pensando en ahorcarse, ¿no?

PROFESOR BRUNELLI

No se preocupe por mí.

BORRACHO

¿No tiene frío ahí arriba? Un catarro a sus años podría ser fatal, don.

PROFESOR BRUNELLI

Estoy bien abrigado, gracias.

BORRACHO

Yo, en cambio, me muero de frío y de sueño. Así que, a casita, a enfrentarse a la Gertrudis. ¿Puedo hacer algo por usted?

PROFESOR BRUNELLI

Nada, gracias. Pero por este balcón y sus hermanos, puede. Alertar la conciencia pública. Explicar que destruirlos es una traición a esos ancestros que, des-

de el fondo de los siglos, nos miran y nos juzgan.
Hágale ese servicio a su país, amigo.

BORRACHO

No quiero que me tiren piedras ni que me pongan una camisa de fuerza. Un consejo, antes de irme. No se ahorque. A pesar de todo, la vida vale la pena. Se lo dice alguien con el que esta ciudad de mierda ha sido muy ingrata. Y, sin embargo, aquí estoy, sacando el pecho y dando la pelea. Adiós, don.

Se aleja, con andar vacilante, en el amanecer todavía sin luz. En el tenue silbido del viento se insinúa el estribillo del Himno de los Balcones. Sus compases y algunos ladridos de perros madrugadores quedan como música de fondo, mientras el profesor Brunelli, distraído un momento del nudo que hace en la soga, fantasea, recuerda y dialoga con una ciudad fantasma.